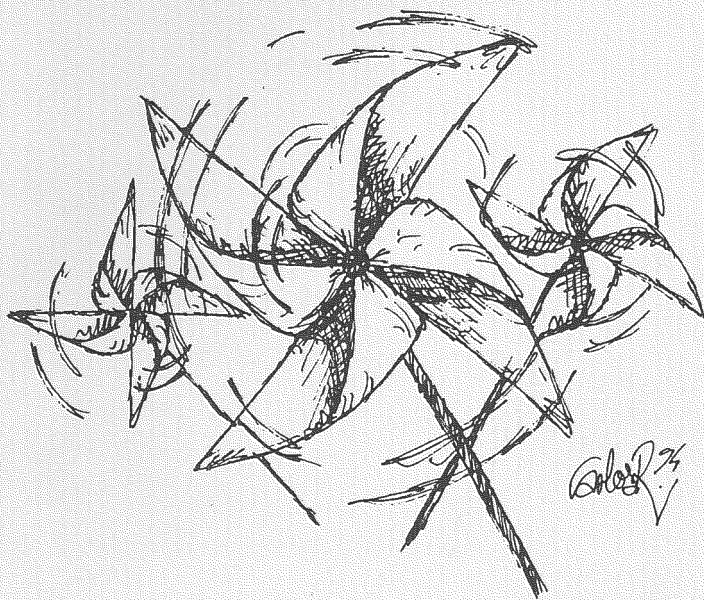




HÉLICE

PUBLICACIÓN DE POESÍA Y NARRATIVA

redacción

*Carlos Romero
Alejandro Salguero
José Manuel García
Rafael Sevilla
Oscar M. Espejo*

en este n° han colaborado

*Isa Castellano
Carlos Romero
Rafael Barrios
José Manuel García
M^a Angeles Vázquez
Miguel Gasca
Pedro Sevilla*

ilustraciones

Carlos Romero

HÉLICE. *c/ Tras los Molinos 24 A*

Arcos de la frontera

***E**stamos todos ante una nueva publicación de narrativa y poesía presentada por un grupo de alumnos de B.U.P. y C.O.U. de Arcos de la Frontera. No con la misma categoría que otras famosas aparecidas en nuestro pueblo, pero sí con, al menos, bastantes ganas de que sea bien acogida y que salga adelante como en su día otras lo hicieron. Para ello pedimos la colaboración desinteresada de cualquier joven promesa que se inicie en este arte y que quiera ver reflejados sus sentimientos en nuestras páginas.*

HÉLICE, que así se llama nuestra publicación, será como su nombre dice, un propulsor de promesas que con todas sus aspas (que seremos nosotros) impulse a esta pequeña revista hacia un lugar más alto y logre que perdure por muchos años aumentando su calidad día a día.

Esperamos vuestra valiosa colaboración en el envío de poemas y narraciones cortas.

Hélice no se hace responsable de las ideas expuestas por sus colaboradores; pero sí se hará totalmente de la calidad de los textos, que serán seleccionados.

La redacción.

5. *mis manos están manchadas...*

(Isa Castellano)

6. *sólo un libro*

(Carlos Romero)

10. *habla la infancia*

(Rafael Barrios)

13. *la luna prestaba al aire*

(José Manuel García)

14. *ayer*

(M^a Ángeles Vázquez)

15. *para bellum*

(Miguel Gasca)

20. *la música es luz de la memoria*

(Pedro Sevilla)

Mis manos están manchadas de sangre.

*Las miro,
observo cómo finos hilos de esencia
anidan en mis dedos.
Oigo un sonido hueco, vacío
y siento cómo el jugo resbala por mi muñeca,
brotando, como si de un manantial se tratase.
Cada gota que cae, me alivia.
Sin darme cuenta
yo también estoy en el suelo.
Mis piernas están manchadas de sangre.
Puedo llegar a sentir claramente
la forma en que la vida me quema la piel.
Lo hace cruelmente, sin avisar.
se enreda en mi cuerpo y me ahoga,
sabe bien lo que le duele.
Ni una sola lágrima,
esta vez no.
Esta vez voy a adelantarme
y voy a dejar paso a la otra,
la que está a mi lado y sonríe.
Apareció tras de mí no hace mucho
y nunca dijo nada,
tan solo me observaba,
siempre esperando mi ¿error?.
Es bella y oscura, tal como decía,
y es ella la que me tiende la mano
que otros me negaron.
¿Cómo decir que aún ahora
mis manos siguen manchadas de sangre?*

Isa Castellano.

sólo un libro.

*R*ealmente no sé dónde vi la luz por primera vez, creo que fue en un pequeño cuarto poblado por estanterías de libros de todo tipo; pero de eso hace ya muchos años y mi memoria no da para mucho últimamente. Lo que sí recuerdo es que yo no era como los demás de mi especie. Había nacido de manos artesanas y no como todos esos que nacen sin esfuerzo uno detrás de otro en las fábricas. A mi me costó nacer, tuve que sufrir mucho para salir adelante y asentarme en la vida. Me diferenciaba de los demás porque la mayoría nace con sus páginas escritas. No creáis que los odio, todo lo contrario, los admiro. Ojalá alguien famoso hubiese escrito algo sobre mis páginas. Sinceramente yo no quiero la fama, sólo quiero ser leído para enseñar algo a los demás y que después éstos a su vez también escriban; es una cadena de la cual me siento muy orgulloso de ser partícipe.

Estuve atrapado a las tablas de encuadernar algún tiempo. Recuerdo perfectamente que era una encuadernadora muy envejecida por el uso. Fui cosido a la vieja usanza mientras sentía la vida correr por mis páginas. Entonces me di cuenta de que todas ellas formaban algo compacto, algo que no se podía deshacer. Cada página era una parte imprescindible de mí, páginas que más tarde serían cubiertas de letras y dibujos. Después vinieron las pastas que pusieron el punto y final a mi creación, pero no a mi vida, que acababa de comenzar. Seguía siendo diferente, tenía tapas de madera, como pocos, forrado en tela y por supuesto, seguía estando en blanco y con larga vida por delante.

Una mañana de frío Invierno me sacaron de la habitación en la que hasta entonces había permanecido. Me llevaron por todo un pueblo, calles arriba, calles abajo. Llovía a mares y fui envuelto en papeles de periódico, por supuesto que esto no sirvió para nada pero por lo menos se intentó. Por fin llegamos a nuestro destino, un palacete del siglo pasado muy descuidado por fuera pero bastante suntuoso por dentro. Estaba todo empapado, por suerte mis páginas no estaban muy mojadas, las pastas de madera y la tela me habían salvado por así decirlo. A los libros no les gusta viajar, se estropean demasiado. En Verano hace calor y se manchan con el sudor, en Invierno llueve y se mojan o hace humedad y se arrugan; pero yo, como vengo diciéndoos hasta ahora, no era un libro normal y por lo tanto me encantaba viajar, es más estaba hecho para eso.

Después de correr mi primera aventura bajo la lluvia, me enteré de que había sido objeto de un regalo, concretamente a un muchacho de unos dieciséis años. El chico no parecía gran cosa, pero desde que entré en contacto con él cambió su vida. No sé si fue culpa mía o no, pero la verdad es que cambió su forma de pensar y se dedicó más a la lectura, cosa que nunca le había parecido nada interesante. Comenzó a entrar en la biblioteca, lugar donde no solía entrar nunca. Era una habitación muy grande, como si de un tapiz se tratase, las estanterías cubrían las paredes con todos sus libros. Literatura clásica, moderna, libros de ciencias y multitud de enciclopedias llenaban las estanterías de colorido y de una fragancia inconfundible. Tenía un pasillo que recorría toda la habitación

en su segunda planta. Aquí se subía por unas viejas escaleras de madera apolilladas y carcomidas por el poco uso, debajo de éstas existía un rincón que desentonaba un poco del resto de la biblioteca. Había un pequeño estante que no tenía libros, sólo una pequeña placa que ponía: 1975 -

El viejo propietario de la mansión era un erudito de la literatura, había escrito gran parte de los libros que había en las estanterías cercanas. Estaban ordenados por épocas y sólo llegaban hasta 1975, justo el año de su muerte. La casa fue comprada por unos ricachones que hicieron desaparecer ese aura de literato que había dejado el anciano. Lo único que quedó en el recuerdo fue la biblioteca que no cedió a la nueva adaptación de la casa.

El joven fue cambiando poco a poco, iba sacando de su cabeza ideas que parecían estar guardadas para ocasiones concretas. Se fue revelando lentamente a sus padres con los cuales nunca había estado de acuerdo en nada. Empezó a viajar en los días de vacaciones, por supuesto me llevaba siempre con él, en mis páginas escribía todas sus aventuras, que de alguna manera eran como las mías propias. Estábamos muy unidos por aquellos días. Unos cuantos años más tarde se independizó de sus padres y alquiló un viejo ático donde vivió casi toda su vida. Lo tenía de lugar de paso entre viaje y viaje. Recorrió medio mundo como pudo, vivía de los pequeños trabajos que hacía aquí y allá. Todo lo importante que ocurría se plasmaba en mis páginas, todo hasta que éstas no daban

para nada más. El muchacho ya no era tal, se había convertido en un anciano, conocedor de varias lenguas y autor de unos libros de cuentos inspirados en sus propias aventuras. Como si su vida fuera paralela a la mía, el pobre viejo no podía ya con su cuerpo. Volvió a su antigua casa, sus padres habían muerto hacia ya mucho tiempo y la casa fue vendida a una pareja con una niña pequeña. Les pidió permiso para poder ver la biblioteca por última vez y me dejó allí, en la estantería de la plaquita, como si la obra siguiera.

No tardó en morir, sólo unos días más tarde. Unos rumores corrieron por la casa sobre su muerte pero nadie le hechó cuenta, nadie salvo la pequeña niña, que desde entonces me coge día a día para leerme un poquito. Por las tardes, cuando sale del colegio, se mete debajo de la escalera y se pone a leer mis páginas. Ha empezado a escribir sus propios cuentos y ya hace sus pinitos yéndose de camping con las amigas.

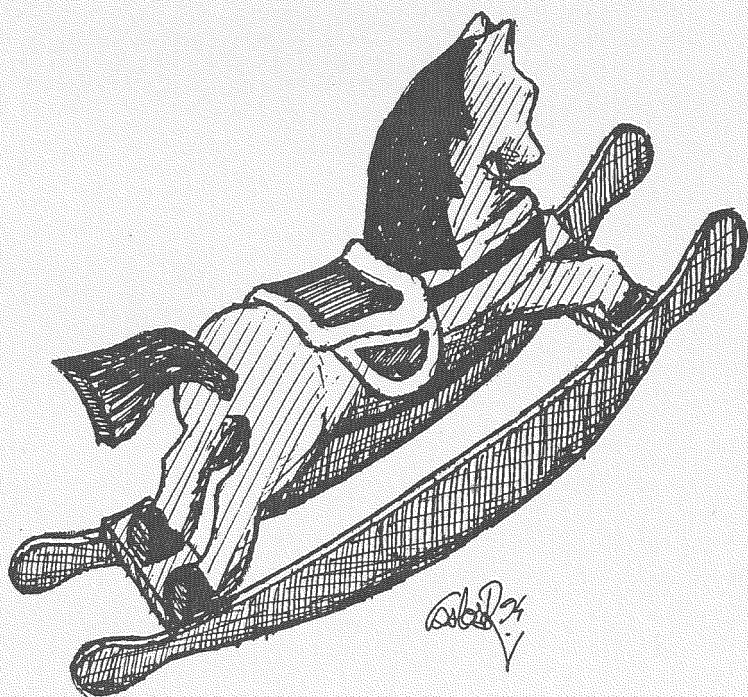
Como dije al principio, he entrado a formar parte de esa cadena de la cual me siento muy orgulloso de ser partícipe, y espero que perdure por muchas épocas.

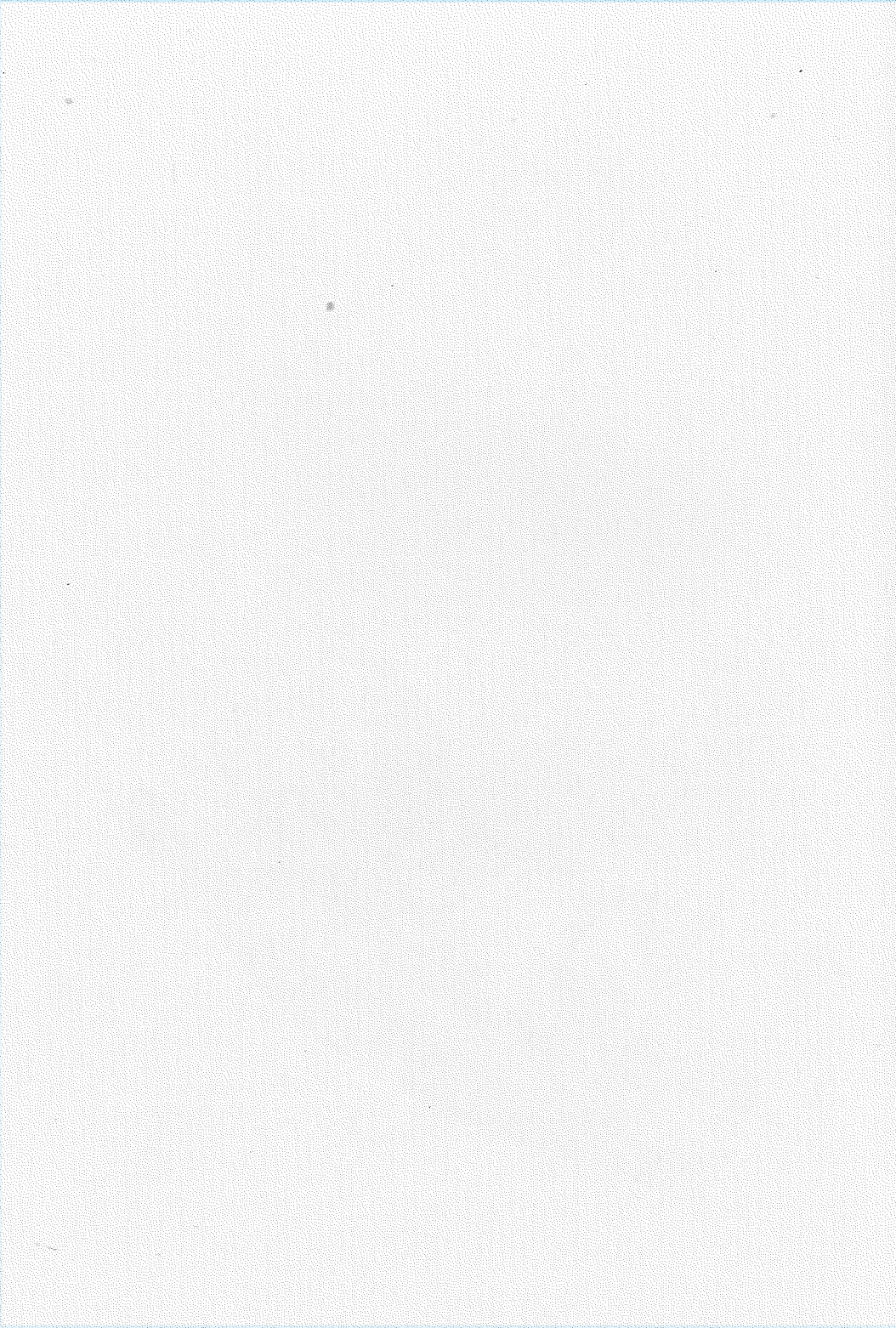
Carlos Romero.

habla la infancia.

*Si algún día te da por mirar atrás
te darás cuenta que sólo soy un recuerdo para ti:
como un huidizo fantasma me oculto
entre las ruinas de tu pensamiento.
¿Y qué hay de tus sueños imposibles,
de aquella época en la que vivías en un libro de Tolkien?
Yo me escapo
y tú te balanceas en caballitos de plástico
que no pueden aguantar tu cuerpo.*

Rafael Barrios.





A Verlaine, con un ocaso entre las manos.

***L**a Luna prestaba al aire*

*Una turbia visión al sueño,
Y en la bruma flotaba un viento cascado
Que el último verano olvidó.*

*Aquellos pájaros negros, entre los árboles,
Hicieron precipitar el otoño
Como si de una fiesta se tratase.*

*Caminaba con pasos de sábanas blancas
En busca de alguna hoja sin helar
Que la aurora ingrata dejara pasar.*

*Tú, que sabes dónde está, allá en los arenales,
Donde el crepúsculo hecha anclas
Como queriendo formar parte del mar.*

*Y sin duda tú serás la última luz del día,
Entre ocasos vives, como una ironía...
Yo describo esto, porque fui sombra de árbol
Murmullo de taberna en la noche.*

José Manuel García.

ayer.

*Y cuando mis pies se hundían
en suelo desconocido,
mis alas se abrieron
y se extendieron sobre el abismo,
sobre el aire... en pura confusión
apareció el viento,
y con él volaban
ideas desconsoladoras
que alguna vez imaginé.
Ofrecí la realidad al sueño,
la vida a la muerte,
y sin antes pensar en mí
me había convertido en otra,
quizás en sólo algo.*

*Y cuando mis pies se hundían
en suelo desconocido,
mi vida... era otra...
no era yo.*

M. Angeles Vázquez.

para bellum.

Botas, botas rabiosas aplastando el cemento. Una presencia constante, un leve murmullo siempre presente. El general se reclinaba sobre un magnífico escritorio de caoba. Rozaba la superficie sedosa invocando algunos fantasmas del pasado; un pasado demasiado presente, demasiado olvidado hasta ese momento. Su mujer, apenas podía reconocerla, le sonreía incolora desde su balcón de metal. El color sepia de la fotografía movió un resorte dentro del general que hacía mucho no se movía. Una lágrima furtiva quemó su pulidísima piel aliviándole el corazón y produciéndole una intensa vergüenza. *LOS HOMBRES NO LLORAN*, se apresuró a recordarse. Esta máxima tan antigua como su cerebro le hizo despertar y analizar su situación.

Hacía unos minutos el teniente coronel de las fuerzas armadas le había hecho una llamada por teléfono especial. Hacía mucho tiempo que aquel teléfono no sonaba y, al oírlo, el general sintió una mezcla de excitación y miedo. Aquella voz hueca no se entretuvo en formalidades: ordenó al general que dispusiera sus tropas para un ataque inminente a la base enemiga situada a pocos kilómetros al otro lado de la frontera. También añadió que todo debía realizarse en el más absoluto de los secretos y que se le ordenaba no dirigir personalmente el ataque.

Al recordar todo, el general volvió a sumirse en la desesperación. Se esforzó en vano a acallar aquel sentimiento tan indigno, tan débil. La fotografía de su hijo le miraba directamente a los ojos, contrastando sus vivos colores con la monotonía amarillenta del retrato de su mujer. Deseó volver a aquel día. Deseó atravesar la

fotografía y arreglarle a su hijo aquella bicicleta. Deseó no tener que enviarle al combate.

El hijo del general se encontraba en la cantina cuando sonó la alarma. Con el corazón desbocado corrió a la sala de reuniones. Se sentó en las primeras butacas para oír mejor las instrucciones. Esperaba que su padre explicara los pormenores de la operación. Le encantaba verle con su uniforme y sus brillantes medallas dirigiéndose a sus muchachos. Se prometía a sí mismo que algún día él aparecería allí y alegraría a la tropa. Pero en lugar de su padre apareció su ayudante. El hijo del general escuchó atentamente todos los detalles durante un rato; pero su mente excitada no dejaba de pensar que debía demostrarle a su padre que él era un hombre. Pensaba en matar a tantos como pudiera y después caer herido heroicamente al rescatar a un soldado. Quizás me dieran una medalla, pensaba mientras que el ayudante del general hablaba de la patria y de sus inquebrantables valores y la ofensa que había hecho el enemigo.

Al acabar el discurso la engrasada máquina militar se puso en funcionamiento. El general miraba desde su ventana cómo todos aquellos muchachos entraban disciplinadamente en los camiones. Se sintió levemente reconfortado al ver la mortífera eficiencia de sus soldados. Era un honor para su hijo poder entrar en combate. Pero al verle haciéndole señas se arrepintió de no haberse despedido de él. No quería que los soldados creyeran que su hijo recibía un trato de favor. Aún así se arrepentía. Aquel iba a ser un día sucio, lo sentía en el cielo de la boca.

En el camión, el hijo del general estaba imbuido de un sentimiento de superioridad. Miraba con desprecio a sus compañeros. Había algunos llorando desconsolados mientras miraban algunas fotos sobadas, otro se frotaba una carta contra el pecho, a la altura del corazón. Casi todo el mundo rezaba y el hijo del general se acordó de que debía rezar. Era lo apropiado. Se recreó mirando la base que se alejaba cada vez más, pensando en los honores de la vuelta. A su lado había un chaval que no dejaba de temblar. Lo miró a los ojos para recriminarle justo en el momento en el que saltó del camión. El capitán se levantó y lo abatió de un tiro certero. ESO LE PASA A LOS DESERTORES, retumbó en su cabeza.

El general calculó que ya debían de estar llegando al cuartel enemigo. Se sirvió un whisky. Lo apuró de un trago.

En las pantallas del radar enemigo aparecían unos cuantos puntos. Un mecanismo automático abrió los silos de los nuevos misiles.

El hijo del general no podía apartar de su mente los ojos del desertor. Casi envidiaba su determinación.

El general se sirvió otro whisky.

El artillero de la base enemiga recibió la orden de accionar aquel botón de boca del propio comandante. Era todo un honor.

El hijo del general se agachó para atarse la bota. El general en su despacho se sintió extrañado de no ver humo ni oír nada. El combate ya debía de haber empezado hace un rato y la base enemiga estaba muy cerca.

El comandante del ejército enemigo esbozó una sonrisa, dio unas palmaditas en el hombro al artillero y sacó unas cuartillas

de su guerrera. Carraspeó un poco y pronunció su discurso de enhorabuena al equipo de científicos y aseguró que con aquella nueva arma la paz mundial estaría más cerca. Un miembro del equipo científico se escabulló por una puerta. Un tiro retumbó por todo el edificio.

El general desesperado decidió montar en un todo terreno y acercarse al campo de batalla. Seguía sin oírse nada, sólo se levantó un viento fortísimo que trajo una tormenta de arena. De repente apareció una especie de desierto donde antes había un bosque. Entonces el general comprendió. Paró el coche y se apeó de un salto. Cogió un puñado de arena. A su lado aparco otro todo terreno del que se apearon varios soldados con extraños aparatos y el teniente coronel de las fuerzas armadas. El general saludó marcialmente.

Mi general, ha desobedecido usted una orden directa mía. Queda arrestado. Cabo, cuando termine con esas mediciones hágame un informe provisional.

El general se dio cuenta de repente de todo. Él lo sabía todo y había dado la orden de atacar para medir los efectos de esa nueva arma. Se recordó a sí mismo de que los hombres no lloran mientras su cara ardía por las lágrimas.

- Mi general, siento lo de su hijo. Espero que sepa comprender.

El general no entendía nada.

Miguel Gasca.

Nuestro agradecimiento

a Pedro Sevilla

por su colaboración en este número.

la música es la luz de la memoria.

Para Isabel Velázquez-Gaztelu.

*A*quel apuesto joven de jersey azules,
que tuvo el corazón arrebatado
y frecuentó jardines violentos
-¡cuánta revolución en los claveles,
en los besos más largos !-,
no pudo imaginarse
que hoy su patria sería la memoria.

*Entonces el presente, con su luz cegadora,
negaba todo el tiempo pasado, y el futuro,
y eran reaccionarios los recuerdos.*

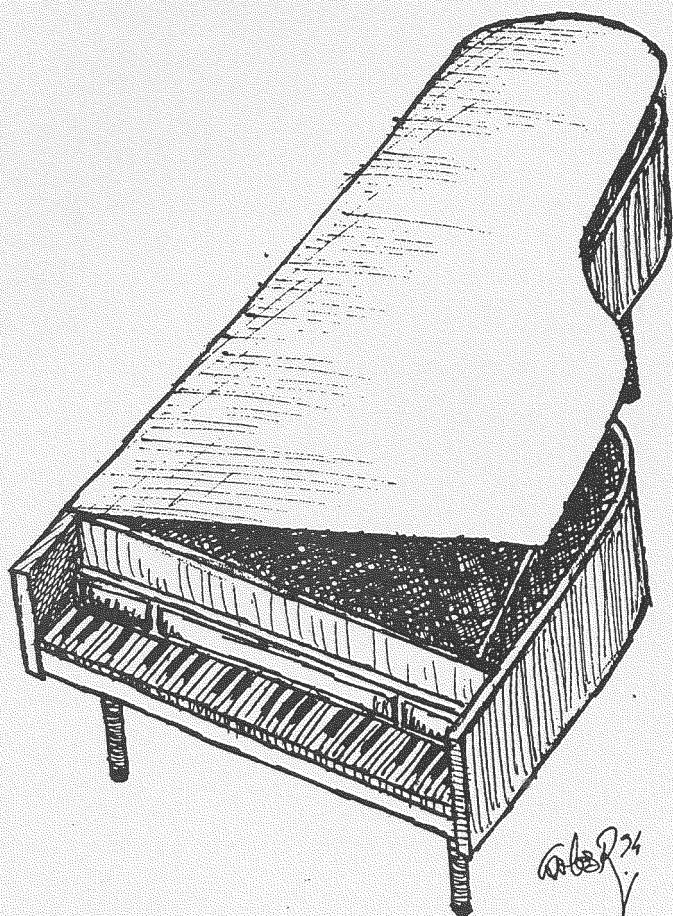
*La gozosa memoria no llegó hasta una tarde,
Beethoven en el viejo piano de Isabel:
la música era el tiempo, y era hermoso,
en salones poblados de una rara nostalgia,
someterse a su ritmo de luz y biografía.*

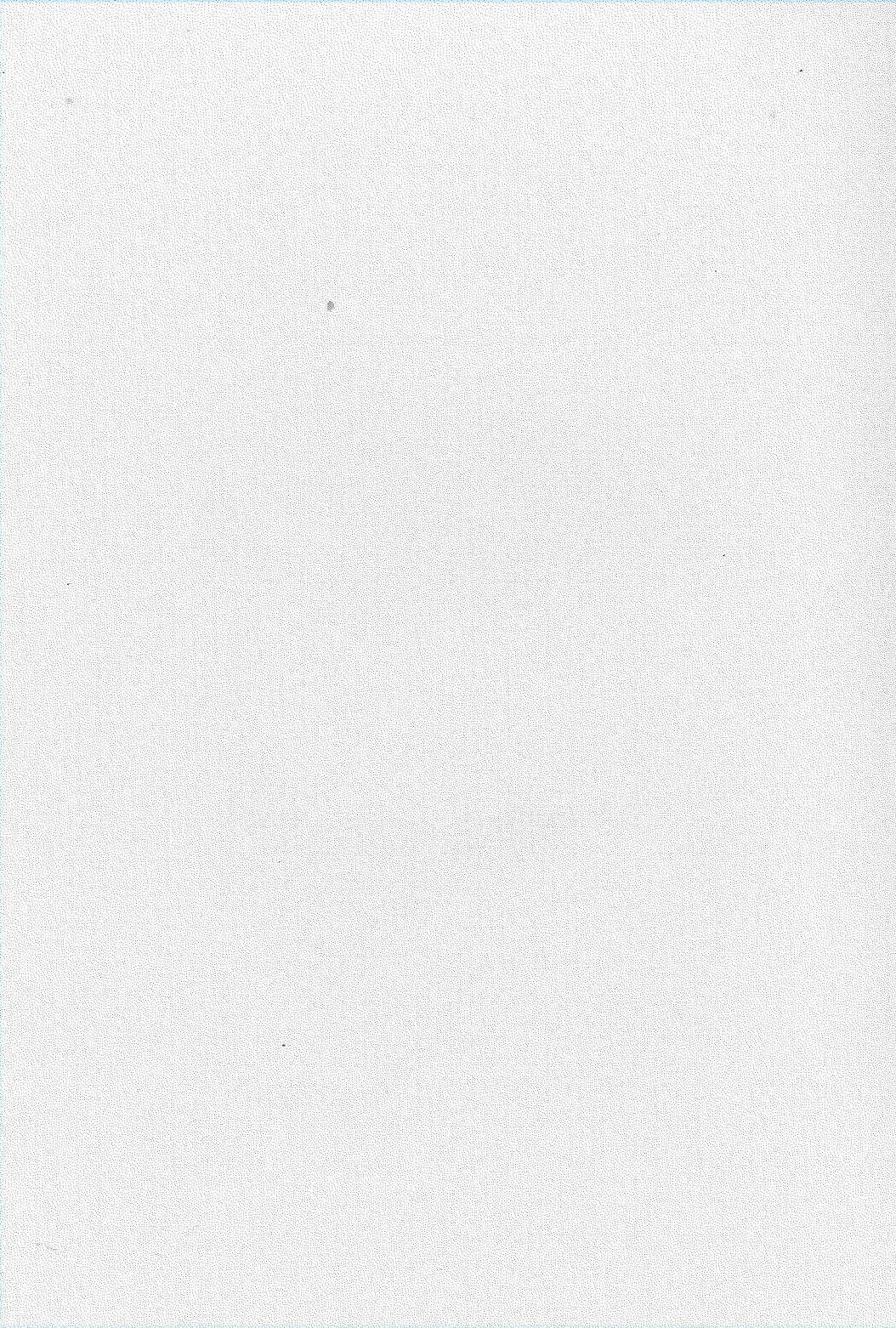
*Sonaba el «Para Elisa»
en los dedos ya idos de Isabel,
y algo puso en concierto mi corazón y el mundo.*

*Luz invisible, cauce luminoso,
tuve conciencia, entonces, de un pasado anterior.*

*Qué raro, y de un futuro, que luego fue mi vida,
donde ya estaba escrito este poema.*

Pedro Sevilla.







.1.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Arcos de la Frontera
Depósito Legal: CA-1084/94
Imprime: LINEA OFFSET, S.L. - Chiclana -